

Josep Maria de Sagarra

Memorias

Prólogo de Eduardo Jordá

Traducción de Fernando Gutiérrez

Barcelona: Editorial Anagrama

Una metáfora profunda



Josep Maria de Sagarra i de Castellarnau publicaba en 1954 unas magníficas *Memòries* en las que recogió los recuerdos de los primeros veinticuatro años de su vida. Una vida sólidamente vinculada al mundo barcelonés de principios de siglo, pero también arraigada en la Cataluña rural de la que procedían sus dos familias, la paterna y la materna. Los Sagarra, originarios de Verdú (Lleida), y los Castellarnau, cuyos más lejanos ascendientes los sitúa el escritor en el condado de Pallars, allá por el siglo XI, son los protagonistas de la primera mitad del libro, centrada tanto en recrear las trayectorias de sus principales parientes como en ilustrar una tesis de fondo, capital para el sentido de las memorias: la grandeza de la propiedad rural, basada en el amor a la tierra y en el poder de algunos vínculos casi sagrados -el matrimonio de interés o el mayorazgo- que permitieron a la oligarquía rural afrontar tanto los cambios sociales como las conductas individuales, no siempre ejemplares, sin grandes dificultades hasta bien entrado el siglo XX, esto es hasta 1914. A Josep Maria de Sagarra le preocupa subrayar además cómo la aristocracia rural fue la principal proveedora de la gran burguesía barcelonesa aunque acabara sucumbiendo a ella. "Ser propietario de heterogéneas fincas -escribe Sagarra-, en los pretéritos días de mi familiar historia, significaba respirar, de una manera responsable, un amor y una pasión más intensos que los que hacían crujir los hechos matrimoniales, porque era la pasión del propietario por la tierra y por todas las manifestaciones terrestres, y tanto podía ser el verde tierno de un retoño que acababa de salir de un tronco de especiales preferencias, como la vaca de ocho meses largos que en la mirada turbia y sanguinolenta preludeaba el inseguro temblor del ternero esperado con ansia". Lo cierto es que hay abiertos puntos de contacto con la obra de Tomasi di Lampedusa, *Il Gattopardo* (1958), relato que como todo el mundo sabe narra la decadencia de la nobleza rural siciliana en la época crítica de la unificación italiana. Ambos autores mantienen puntos de vista similares ante los tiempos nuevos que hacen cada vez más acomodaticios los princi-

pios de una clase que se extingue. Y ellos de algún modo no se resignan, o no lo hacen del todo.

El libro se tradujo al castellano en 1957, en versión de Fernando Gutiérrez (que, con muy buen criterio, ha respetado la editorial Anagrama en su reciente reedición de las memorias) y tuvo una recepción inesperada, aunque fugaz, que ocasionó más de un dolor de cabeza al escritor cuando el entonces ministro de Educación, Jesús Rubio, quedó impresionado por la descripción que hacía Sagarra del Madrid de la Gran Guerra. Poco después se le concedía la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio y por aceptarla al escritor le llovieron las críticas (tampoco eran las primeras, dicho sea de paso). Los detalles pueden leerse en el excelente prólogo escrito por Eduardo Jordá. Es algo, en fin, que forma parte de la "petit histoire" del libro, dolorosa en cierto modo pero paradigmática de las crispadas actitudes que generó el franquismo. El libro se publicó con un barojiano prólogo de Camilo José Cela que desconcertó por completo al escritor catalán. Al leerlo comentó: "Parece que este chico no ha entendido el libro, ni quién soy yo". Y es que, en efecto, el prólogo de Cela es una astracanada donde lo que cuenta es la comicidad y la burla aunque no venga a cuento, el distanciamiento paródico, la gracia. Esa gracia que tanto ha pesado en la naturaleza y desarrollo de nuestra cultura. Nada, por tanto, contribuyó a realzar la importancia de las memorias de Josep Maria de Sagarra y así el libro, pese a su popularidad, ha contado poco en el contexto del memorialismo tanto en castellano como en catalán, cuando debería ser una obra de referencia, fundamentalmente por su invitación al conocimiento ágil, despierto y cultivado del pasado, de nuestro pasado. Y por un estilo con rasgos modernistas pero de una vitalidad contagiosa.

Es cierto que Josep M. de Sagarra no corre demasiados riesgos en sus memorias: en ellas no hay voluntad de venganza ni los ajustes de cuentas tan propios entre escritores.

El libro evita las decepciones y las dificultades del escritor en su madurez, como también se evita la menor referencia política, para centrarse en los primeros años de vida y en el desarrollo de su vocación literaria al mismo tiempo que libra un fresco impagable de la Cataluña de principios de siglo.

Sagarra está, a los 60 años, en posesión de todos los recursos acumulados a lo largo de una vida de escritura y eso se nota en cada página, a cada línea, en cualquiera de sus soberbios retratos y descripciones: la mentalidad rural, la vida escolar, la bohemia de la época, los profesores de Derecho, los contertulios del Ateneo..., el lector profano tiene muchas ocasiones para descubrir un mundo fascinante, irrisado.

Y por encima de las dificultades ciertas que el escritor hubiera tenido que afrontar de proseguir el relato hasta tiempos más cercanos -su memoria parece sellada a lo vivido después de 1918-, me ha parecido comprender que ésa es la manera que eligió Sagarra para afirmar la propia identidad ante el vislumbre del fin. Su manera de hacerlo consistió en pulsar profundamente las cuerdas de su pasado: toda la vida de Sagarra parece estar ahí, poderosa, concentrada, reducida a lo esencial, libre de acusaciones. Imagino al escritor catalán no muy lejos de las palabras consignadas por Henry James en su cuaderno de notas: "Inténtalo todo, hazlo todo, deja constancia de todo - sé un artista, sé distinguido hasta el final". Y Sagarra fue ambas cosas, de eso no cabe la menor duda después de leer sus memorias. Una lectura inolvidable no exenta para mí de reproches: me pregunto cómo la he podido postergar tanto tiempo.

Anna Caballé